Historia del toro blanco encantado

Madrid

[1893?]

Control Number: ADT-5107
OCLC Number : 29715651
Call Number : W 381.568 H629 v.4 HTOR
Title : Historia del toro blanco encantado.
Edition : Nueva ed., corr. y aum.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Note : With: Historia de los famosos bandoleros de Andalucía, llamados vulgarmente los niños de Écija. Madrid : Hernando, [1893?].
Subject : Chapbooks, Spanish.

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA

DEL

TORO BLANCO ENCANTADO.

NUEVA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD

INTRODUCCION.

Babilonia, llamada antiguamente Babel, era la capital de aquella parte de Asia, conocida bajo el nombre de *Caldea* ó *Babilonia*. Era una magnífica ciudad, fundada por Nemrob, 2633 años antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, y algun tiempo despues magníficamente embellecida por la reina Semíramis. Segun Tertuliano, los babilonenses eran muy amantes de la astrologia, y afirma Plinio que la astronomía tuvo su cuna en dicha ciudad. El profeta Daniel la llamó Ciudad Grande por excelencia, y el rey Nabucodonosor, de quien vamos á hablar en esta historia, se gloriaba de poseer una ciudad que era de una extension tal, que montando á caballo se necesitaban tres dias para atravesarla.

Nabopolastar se apoderó de los imperios de Ninive y de Babilonia, que habian sido reunidos en uno solo por Afarhabdon, rey de Asiria. Destronó á Seracus, uno de los sucesores de este príncipe, el año 626 antes de Nuestro Señor Jesucristo. Reinó 21 años, y tuvo por sucesor á su hijo Nabucodonosor, llamado el *Grande*.

Era este príncipe uno de los más gallardos y apuestos caballeros de su tiempo; y unia á su hermosura varonil un valor á toda prueba y una desmesurada ambicion de conquistas. Por la muerte de su padre tomó posesion de su vasta herencia; pero poco tiempo estuvo en inaccion; lanzóse con entusiasmo á la guerra, y cada dia nuevas conquistas engrandecian su Imperio poderoso. Dueño ya de casi toda el Asia, fué á sitiar á Jerusalen para castigar la mala fé de Sedecias, y despues de un largo sitio se apoderó de la ciudad, mandó sacar los ojos á Sedecias, y cargado de cadenas le hizo conducir cautivo á Babilonia, y envió á Nabuzardan á Jerusalen para que acabara de destruirla. Habiendo subyugado ya Nabucodonosor á los Etíopes, á los Arabes, á los Idumeos, á los Sirios, á los Persas, á los Medos, á los Asirios y ca-

si toda el Asia, como hemos dicho, trató de ir á extender sus conquistas en el Egipto.

Era en aquellos tiempos la capital de Egipto la antigua ciudad de Tanis, situada á la embocadura del Nilo, y no muy lejana de la costa marítima. En esta misma ciudad fué en la que Moisés hizo brillar en todo su explendor el omnipotente poder de Dios delante de Faraon y de los sábios de su córte, cuando quiso rescatar á los Israelitas del vergonzoso yugo en que yacían.

Cuando Nabucodonosor se dirigió á Tanis, reinaba en ella, segun Herodoto, Amasis, capitan de Apriés, contra el cual se habia levantado, llevando finalmente la victoria y sentándose en el trono de los Faraones; afianzóse en el mando por la muerte de Apriés, y aun cuando halló algunos enemigos que combatir por no ser de estirpe real, con su dulzura é inteligencia logró captarse el cariño de todos sus vasallos, los cuales llegaron á quererle con todo el extremo de una pasion.

En cuanto tuvo Amasis la noticia de la llegada á sus dominios de las tropas de Nabucodonosor, reunió su consejo, y despues de una corta deliberacion se resolvió reunir todas las tropas disponibles y luchar con el enemigo que, en su misma casa, iba á desafiarlos. Llega el dia del combate, y los dos numerosos ejércitos, capitaneados por sus respectivos monarcas, se lanzan á la pelea, y cual dos impetuosas corrientes, se acercan, chocan y confunden. Las máquinas de guerra no cesan un momento, los aceros se cruzan, y en pedazos mil se quiebran: los gritos de los que vencen ahogan los ayes de los moribundos vencidos: todo es horror, estrago, exterminio, confusion: la victoria es indecisa. A palmos se disputan un terreno que, ya es de los unos, ya de los otros..... De repente se oyen en el ejército babilonés los gritos de victoria, y el ejército contrario va cediendo en retirada. Amasis habia caido prisionero; y el ejército sin su jefe, se habia desbandado cual rebaño que pierde al pastor que le conducia.

Lleno de orgullo con la victoria, entra triunfante Nabucodonosor en Tanis; y el pobre Amasis, cargado de cadenas, es conducido á la torre del palacio. Al presentarle al vencedor los cautivos, le presentaron tambien á Amásida, hija del vencido rey de Egipto. En cuanto la vió Nabucodonosor, sintió en su pecho una pasion tan fuerte hácia ella, que mandó retirar á todo el mundo y que le dejasen solo con la hija de Amasis. Era una mujer hermosa hasta lo ideal; su belleza es imposible explicarla. Al momento la confesó su amor el jóven príncipe; y ella, por

una fuerza irresistible que no es dado al hombre comprender, sintió hácia el babilonense un cariño tal, que no bastó para sofocarlo el pensar que era el usurpador de su patria y el que habia destronado á su padre. Mil juramentos de amor se hicieron los dos amantes, y risueños dias de porvenir formaban ya en sus ardientes imaginaciones. Ebrios los dos de felicidad, no pensaban ya mas que en el dichoso momento en que un sacerdote de Bal les uniera con indisolubles lazos ante la sacrosanta ara.

Ya no era Amasis, á los ojos de Nabucodonosor, mas que el padre de su amada; ya habian desaparecido del pecho del babilonense aquellos fogosos instintos de ambicion que tanto le dominaban. Ofreció desde el momento á Amásida volver la libertad á su padre y sentarle de nuevo en el trono de Egipto, siendo para él desde aquel dia un fiel aliado y un cariñoso amigo. Agradeció Amásida á su amante esta prueba de cariño, y quedaron en ir juntos á ver á Amásis para que su union se celebrara lo más pronto posible. Inmediatamente fueron dadas las órdenes para que se le pusiera en libertad, y más adelante se verá el uso que hizo de ella.

Al dia siguiente, al entrar la servidumbre de Nabucodonosor en su cuarto para ayudarle á vestir, no le hallaron ya en la cama: inútilmente se le buscó por todo el palacio y por toda la ciudad; inútil fué. Registrada su habitacion, hallaron en ella una lámina de bronce, en la que habia en caractéres simbólicos, unas palabras que nadie pudo comprender. Reunidos los más famosos encantadores de Babilonia, que Nabucodonosor llevaba consigo, despues de todas las ceremonias y consultas necesarias, leyeron en ella:

«*Un poder, al humano mayor, ha convertido al orgulloso Babilonense en un animal cuadrúpedo por toda una semana de años* (siete años).»

El ejército vencedor, triste con tal suceso, se volvió á Babilonia, y Amasis sentóse en el trono que habia perdido ya, tal vez para siempre, sin un acontecimiento tal. El dolor de Amásida fué tanto, que se negó á presentarse en las fiestas que se hicieron, y desde aquél dia vivió siempre retraida del bullicio de las fiestas, escogiendo para morada un modesto palacio situado en la embocadura oriental del Nilo, entre Tanis y Pelusio

HISTORIA
DEL
TORO BLANCO ENCANTADO.

CAPITULO PRIMERO.

Como la princesa Amásida, paseándose por una pradera, encontró un hermoso Toro blanco.

La jóven princesa Amásida se paseaba por los jardines de Pelusio con varias damas de su séquito. Se hallaba sumergida en la mayor tristeza, y las lágrimas corrian en abundancia de sus hermosos ojos. Se sabia cuál era la causa de su dolor, y cuánto temia desagradar al rey, su padre, manifestando su pena. El sabio Mambrés, antiguo encantador de los Faraones, iba á su lado sin perderla un instante de vista. La habia visto nacer, y la habia educado y enseñado todo aquello que es permitido saber á una jóven princesa. El talento de Amásida igualaba á su belleza: era tan sensible y tierna como bella, siendo esta sensibilidad la que causaba su dolor.

La princesa tenia veinte y cuatro años, y el encantador Mambrés habia cumplido ya mil trescientos. Este habia sido uno de aquellos encantadores que habian convertido sus varas en serpientes en presencia de Moisés. Amasis le hizo intendente del palacio de su hija, cuyo destino desempeñó con su acostumbrada sabiduría.

Caminaban juntos el encantador y la princesa, absortos ambos en sus meditaciones, cuando la bella Amásida, despues de un profundo suspiro, empezó á decir:—¡Oh, amante mio, jóven y querido amante! Oh, el más grande de los vencedores, el más amable, el más hermoso de los hombres! ¿Cómo has desaparecido de la tierra? ¡Ay de mí! Ya hace siete años que no te veo. ¿Qué dios te ha apartado de tu tierna Amásida? Los sabios encantadores del Egipto dicen que no has muerto, pero para mí lo estás. ¡Ay! yo estoy sola sobre la tierra. ¿Cómo me has abandonado, querido Na?.... Iba á acabar, mas estorbóselo el encantador Mambrés, diciéndola:—¿Qué íbais á decir, jóven desgraciada? Temblad si pronunciais ese nombre fatal, pues que puede decírselo á vuestro pa-

dre cualquiera persona indiscreta ó perdida, y ya sabeis que el rey, vuestro padre, á pesar de lo mucho que os ama, ha jurado solemnemente cortaros la cabeza si pronunciais ese nombre terrible que casi casi siempre teneis en los lábios. Esta ley es bastante dura; pero ya os he enseñado yo á reprimir vuestra lengua. Acordaos de que Herpócrates, uno de vuestros más grandes dioses, tenia siempre el dedo puesto sobre los labios.

La bella Amásida lloró y no habló más.

Siguiendo silenciosa á la orilla del rio Nilo, vió á lo lejos un bosque bañado por las aguas de éste, y una vieja cubierta de andrajos, que estaba sentada sobre un ribazo. Tenia á su lado una borrica, un perro y un macho-cabrío, y enfrente una culebra, que no se parecia en nada á las culebras comunes, pues sus ojos eran tan tiernos como expresivos, su fisonomía noble é interesante, y su piel brillaba con los más vivos colores. No léjos de la culebra, en el rio Nilo, se veia un enorme pescado que sacaba la cabeza sobre sus aguas, y, abriendo su boca, echaba miradas terribles por todas partes. Ultimamente, sobre la rama de un árbol, se veia un cuervo y una paloma. Todos estos personajes tenian entre sí una conversacion muy animada.

—¡Ay de mí! dijo la princesa en voz baja: todos estos séres vivientes estarán tal vez hablando de sus amores, y á mí me está prohibido el nombrar al hombre á quien tanto amo.

La vieja tenia agarrada con las manos una gruesa cadena de oro, con la que estaba amarrado un toro que pacía en la pradera. Este Toro era blanco como la nieve, bien hecho y fornido; sus cuernos eran de marfil, y, en una palabra, era lo más bello y perfecto que puede hallarse en su especie. Ni el toro de Pasifae, ni aquel en que se convirtió Júpiter para robar á Europa, podia compararsele. Apénas hubiera sido digna de él la hermosa vaquilla en que fué trasformada Isis.

En cuanto el Toro vió á la princesa, echó á correr hácia ella con la rapidez de un jóven caballero árabe. La vieja hacia mil esfuerzos para detenerle: la culebra silbaba de un modo horrible, sin duda para espantarle; el perro le seguia, mordiéndole sus bellas piernas: la borrica se le ponia delante para estorbarle su carrera: el gran pescado del Nilo salia de las aguas, y, aproximándose á la ribera, parecia quererlo devorar: el macho-cabrío estaba inmóvil, como lleno de terror: el cuervo volaba alrededor de la cabeza del Toro, haciendo ademan de sacarle los ojos: sólo la paloma le acompañaba por curiosidad, aplaudiéndole con un dulce murmullo.

Un espectáculo tan extraordinario sacó á Mambrés de sus serias reflexiones. No obstante, el Toro blanco, arrastrando tras sí la cadena, y á la vieja con ella, llegó cerca de la princesa, que estaba llena de asombro y miedo. Inmediatamente se echa á los piés de ésta, los besa, derrama copiosas lágrimas, y la mira con unos ojos en que se veian retratados á un mismo tiempo el dolor y la alegría. No osaba bramar por temor de asustar á la jóven princesa; y aunque no podia hablarla, por carecer del don de la palabra, todas sus acciones eran elocuentes. Agradó mucho á la princesa, quien pensó divertirse algunos ratos con él, y olvidar entretanto sus penas. Hé aquí, decia ella, un animal muy cariñoso; yo quisiera tenerle en mi caballeriza.

Al oir estas palabras, el Toro dobló sus cuatro piernas y besó la tierra.—Me entiende, gritó la princesa, y manifiesta que quiere ser mio. ¡Ah! divino encantador, dijo dirigiéndose á Mambrés; concededme el consuelo de tener en mi palacio á este hermoso Toro: comprádmele, ajustaos con esa vieja, que es sin duda su ama. Yo quiero que este bello animal sea mio; no me negueis un consuelo tan inocente. Todas las damas de Amásida unieron sus ruegos á las súplicas de ésta. Mambrés condescendiendo, fué á hablar con la vieja.

CAPITULO II.

Como el sábio Mambrés, antiguo encantador de Faraon, reconoció á una vieja, y cómo él fué tambien reconocido por ella.

—Señora, dijo Mambrés á la vieja: bien sabeis que las jóvenes, y sobre todo las princesas, tienen necesidad de divertirse. La hija del rey está prendada de vuestro Toro, que, en verdad, es un hermoso animal. Yo os suplico que me le vendais, advirtiéndoos que podeis pedir lo que os parezca, que yo estoy pronto á pagároslo inmediatamente.—Señor, le respondió la vieja: este precioso animal no es mio: sólo estoy encargada, en union de todos estos otros animales que veis, de guardarle, de observar todos sus movimientos y dar cuenta de ello. ¡Dios me libre de querer alguna vez vender este animal inestimable!

Mambrés, al oir estas palabras, percibió algunos rayos de luz confusa, que no acababa de iluminarle. Entónces miró á la vieja, cubierta de andrajos, con un poco de atencion.—Respetable Señora, la dijo: ó yo me engaño, ó creo haberos visto en alguna parte.—¡Ah, señor! repondió ésta: yo os he visto hace setecientos

años en un viaje que hice de Siria á Egipto, algunos meses despues de la destruccion de Troya, cuando Hiram reinaba en Tiro, y Nefel Kerés en el antiguo Egipto.—¡Ah, señora! exclamó entónces el anciano: vos soy la antigua Pitonisa de Endor.—Y vos, señor, le dijo la vieja abrazándole, sois el gran Mambrés de Egipto.

—¡Oh encuentro inesperado! ¡Oh dia memorable! ¡Oh inescrutables decretos del Eterno! La Providencia universal habia decretado sin duda que nos encontrásemos en esta pradera á las orillas del Nilo, y cerca de la soberbia ciudad de Tanis. Qué, ¿sois vos, señora, la venerable Pitonisa del Jordan, la más sábia del mundo en el arte de hacer salir de la tumba las almas de los muertos?—Y qué, ¿sois vos, señor, contestó la vieja, el famoso encantador que muda las varas en serpientes, la luz en tinieblas, el agua de los rios en sangre?—Sí, señora, dijo Mambrés: pero mi avanzada edad disminuye ya una parte de mi ciencia y de mi poder, y así ignoro absolutamente de dónde os ha venido este hermoso Toro blanco, y quiénes son esos animales que parten con vos el cuidado de guardarle. Entónces la vieja se extremeció un poco, levantó los ojos al cielo, y en seguida habló en estos términos:—Querido Mambrés, los dos somos de la misma profesion, pero me está absolutamente prohibido revelaros quién es este Toro: sin embargo, satisfaré vuestra curiosidad acerca de los demás animales; los podeis conocer fácilmente por los signos que los caracterizan: la culebra, es la que persuadió á Eva que comiese la fruta que Dios le habia prohibido, y que se la hiciese comer á su marido: la borrica, es la que habló en el camino al Profeta Balaam, vuestro contemporáneo: el pescado, que tiene siempre la cabeza fuera del agua, es el que tragó á Jonás hace algunos años: el perro, es el que siguió al ángel Rafael y al jóven Tobías en el viaje que hicieron á Bagés en la Media, en tiempo del gran Salmanasar: este macho-cabrío, es el que se ofrece á Dios por todos los pecados de una nacion: el cuervo y la paloma, son los que estaban en el Arca de Noé al tiempo del diluvio universal; suceso terrible, catástrofe que afligió á toda la tierra. Ahí teneis la explicacion de todas estas bestias; pero en cuanto al Toro, no puedo revelaros nada.

Habiendo escuchado Mambrés el discurso de la Pitonisa con el mayor respecto, exclamó despues:—El Eterno revela lo que quiere y á quien quiere, ilustre Pitonisa: todos esos animales que están encargados, comos vos, de guardar el Toro blanco, no son conocidos más que de vuestra generosa y feliz nacion. Las maravi-

llas que el Sér de los séres ha obrado por ella, serán algun dia el grande motivo de duda y escándalos para los falsos sábios; más el Eterno los confundirá, y al mismo tiempo iluminará á los verdaderos sábios, quienes publicarán por toda la tierra los portentos del que todo lo sabe. ¡Bienaventurados los que vivan en una edad tan dichosa!

Al acabar de decir esto el encantador, la princesa le tiró de una manga, diciéndole:—¿Qué, no me comprais el Toro, Mambrés? El sábio, sumergido en profundas meditaciones, no respondió nada. Amásida echó á llorar, y dirigiéndose allí mismo á la vieja, la dijo:—Buena mujer, yo os pido por aquello que más querais en el mundo, por vuestro padre y vuestra madre, que tal vez viven todavía, que me vendais ese hermoso Toro y esa palomita que parece le quiere mucho: de los demás animales no quiero ninguno. Mirad que me pondré mala de sentimiento si no me vendeis ese hermoso Toro blanco, que hará las delicias de mi vida.

La vieja besó respetuosamente las extremidades del vestido, y la dijo:—Princesa, mi Toro no se puede vender, como sabe vuestro ilustre encantador: todo lo que yo puedo hacer en vuestro favor es traerle á pacer todos los dias cerca de vuestro palacio para que podais acariciarle, darle bizcochos y hacerle bailar á vuestra voluntad; pero esto es menester que sea en presencia de todas las bestias que me acompañan y que están encargadas de guardarle. Si no trata de escaparse, no le harán mal ninguno; mas si procura romper su cadena, como hizo cuando os vió, desgraciado de él, yo no respondo de su vida; pues ese gran pescado que veis, se le tragaria sin remedio, y lo guardaria más de tres dias en su vientre, ó si no, esa culebra, que tal vez os parecerá tan dulce y cariñosa, le daria una picadura mortal.

El Toro blanco, que entendia de un modo admirable todo lo que decia la vieja, pero que no podia hablar, aceptó todas estas proposiciones con un aire sumiso: se echó á sus piés, bramó dulcemente, y mirando á Amásida con ternura, parecia que la decia:—Venid á verme algunas veces cuando estoy paciendo en la pradera. La culebra tomó entónces la palabra y dijo:—Princesa, yo os aconsejo que obedezcais ciegamente lo que la Pitonisa de Endor os ha dicho. La borrica dijo que tambien era ella del dictámen de la culebra. Amásida sentia en el alma que la culebra y la borrica hablasen tan bien, y que el hermoso Toro, que parecia tener los sentimientos tan nobles y tiernos, no pudiese expresarlos. En fin, el dia declinaba, y así la princesa se volvió á

su palacio, muy á pesar suyo, despues de haber prometido que volveria al dia siguiente. Las damas de su séquito estaban admiradas, y no comprendian nada de lo que habian visto y oido. Mambrés caminaba abismado en las más profundas meditaciones.

CAPITULO III.

Cómo la bella Amásida tuvo una conversacion secreta con la culebra.

La bella princesa encargó á sus damas que guardasen secreto sobre todo lo que habian visto y oido: ellas lo prometieron y lo hicieron así por espacio de un dia entero. Es de creer que Amásida no durmió nada en toda la noche: recordaba con placer todas las cualidades del hermoso Toro, y sentia en esto un encanto inexplicable. Al dia siguiente, en cuanto pudo ver á solas al sábio Mambrés, le dijo:—¡Oh sábio! ese animal me vuelve el juicio.—Lo mismo me sucede á mí, respondió el sábio: yo veo que ese hermoso Toro es superior en mucho á todos los de su especie, y conozco en esto que hay un gran misterio, pero temo un suceso funesto. Vuestro padre Amasis es violento y suspicaz, por lo que este asunto exige que os conduzcais con suma prudencia.

—¡Ah! dijo la princesa: yo tengo demasiada curiosidad para poder ser prudente: la curiosidad es la única pasion que puede igualarse al amor que me devora. Y qué ¿no he de poder yo saber quién es ese hermoso Toro blanco que excita en mí unas emociones tan inexplicables?

—Señora, repuso Mambrés: yo os tengo dicho que mi ciencia disminuye á medida que mi edad se aumenta; pero, ó yo me engaño mucho, ó la culebra está instruida de lo que quereis saber. Es tambien un hermoso animal, tiene talento y se explica con mucha claridad. Además de esto está acostumbrada desde tiempo inmemorial á mezclarse en los asuntos de las mujeres.—¡Ah! sin duda, dijo Amásida, es la bella culebra de Egipto que, metiéndose la cola en la boca, es el símbolo de la eternidad, que ilumina el mundo en cuanto abre los ojos, que le oscurece en cuanto los cierra.—No, señora.—Pues entónces será la culebra de Esculapio.—Tampoco.—¿Es acaso Júpiter en figura de culebra?—Menos.—¡Ah! ya caigo: es la vara que convertísteis en otro tiempo en culebra, ¿no es verdad?—Tampoco es esa, señora, aunque todas las culebras que habeis nombrado son de la misma familia. Sin embargo, esta tiene mucha reputacion en su país, y

pasa por la culebra más hábil que se ha visto jamás. Avistaos, pues, con ella; mas yo os advierto que es una empresa muy peligrosa. Si yo me hallara en vuestro lugar, me dejaria de Toro, borrica, culebra, pescado, perro, macho-cabrío, cuervo y paloma. Pero ya veo que la pasion os domina, y así todo lo que puedo hacer es compadecerme de vos y temblar.

A pesar de esto, la princesa le suplicó que la procurase una entrevista con la culebra. Mambrés tenia buen corazon, consintió y fué á buscar á la Pitonisa, á quien manifestó el capricho



de la princesa con una elocuencia tan insinuante, que la convenció. La vieja le dijo entónces que Amásida podia ir cuando quisiera á verse con la culebra, pues que ésta era muy política y dócil con las damas.

El anciano encantador volvió al punto á ver á la princesa para llevarla esta noticia; pero temia mucho una desgracia, y así marchaba muy reflexivo. En fin, habiendo llegado á presencia de la jóven Amásida, la dijo:—Ya podeis, señora, ir á ver á la culebra cuando querais; pero os advierto que debeis halagarla mucho, porque tiene bastante amor propio. A causa de su orgullo fué echada de un lugar deliciosísimo. Y entónces contó Mambrés á la princesa cómo la culebra persuadió á Eva que comiese del árbol prohibido; y concluyó diciendo:—Y así, si quereis arrancarla su secreto, debeis adularla extremadamente. La princesa prometió hacerlo así, y en seguida se puso en camino, acompa-

ñada del sábio Mambrés y de sus damas de honor, y en breve llegaron á la pradera.

La vieja estaba, como de costumbre, ocupada en observar los movimientos del Toro blanco, en union con los demás animales. Mambrés fué á hablarla, dejando en libertad á la bella Amásida para que se avistase con la culebra. Las damas de honor se pusieron á entretenerse con la borrica, el macho cabrío, el perro, el cuervo, y la paloma. El gran pescado, que causaba horror á cuantos le miraban, se sumergió en el Nilo por órden de la vieja.

Luego que la princesa estuvo en presencia de la culebra, empezaron su conversacion en estos términos:

La Culebra.—Señora, no podré explicaros con palabras la satisfaccion que experimento al ver el honor que vuestra alteza me dispensa de venir á consultarme.

La Princesa.—Señora, el honor es mio, pues segun dice la voz pública, vos sois la culebra más sábia que ha existido en tiempo alguno.

La Culebra.—Es verdad que yo he hecho desde el principio del mundo un papel brillante, aunque algunos pretenden que al presente he decaido de mi antiguo poder: pero esto último no es cierto; al contrario, cada dia tengo más valimiento.

La Princesa.—Y yo bien lo creo, porque, segun dicen, teneis el talento de persuadir lo que quereis.

La Culebra.—Yo conozco, señora, al veros y escucharos, que vos teneis sobre mí el ascendiente que á mí se me atribuye sobre los demás; pero dejando á un lado adulaciones, decidme en qué puedo servir á vuestra alteza, pues segun me ha referido la Pitonisa, quereis consultarme.

La Princesa.—Señora, yo venia á pediros, en nombre de lo que ameis sobre la tierra, que me dijéseis quién es ese hermoso Toro blanco que ha excitado en mi alma sensaciones tan incomprensibles.

La Culebra.—Señora, la curiosidad es la pasion dominante de vuestro sexo, y á mí me gusta satisfacerla; pero la Pitonisa de Eudor os habrá advertido que correis algun peligro si se os revela este gran misterio.

La Princesa.—Esto es lo que me hace más entrar en curiosidad; y así, si sois sensible, si teneis piedad de una desgraciada, no negueis esta gracia.

La Culebra.—Señora, me partís el corazon: voy á complaceros; mas tened cuidado de no interrumpirme, porque entónces os perdeis sin remedio.

La Princesa.—Desde luego os lo prometo.

La Culebra.—Habia un rey jóven, hermoso, bien hecho, amable, querido de....

La Princesa.—Un rey, jóven, bien hecho, amable y querido de.... ¿De quién? ¿Y cuál era este rey? ¿Qué edad tenia? ¿Qué ha sido de él? ¿Dónde está? ¿Cómo se llama?

La Culebra.—Señora, apenas he empezado, y ya me habeis interrumpido. Tened cuidado: si no observais más dominio sobre vos misma, estais perdida sin remedio.

La Princesa.—Os pido perdon, señora; no volveré á cometer esta indiscrecion. Continuad; os lo pido por favor.

La Culebra.—Este gran rey, el más amable y valiente de los hombres, siempre victorioso, soñaba á menudo, durmiendo; pero muchas veces olvidaba sus sueños, y entónces queria que sus encantadores se los adivinasen y le dijesen lo que significaban, y si no lo hacian así, los mandaba ahogar. Ahora bien: hace casi siete años que tuvo un bonito sueño, del que no se acordó al dia siguiente; mas un sábio hebreo se lo explicó, y al punto el jóven príncipe fué convertido en Toro, porque....

La Princesa.—¡Ah! Ese es mi querido Nabu.... y no pudo acabar, cayendo al suelo sin sentido

CAPITULO IV.

Cómo se pretendió sacrificar al Toro blanco y exorcizar á la princesa.

Mambrés, que vió desde léjos caer á la bella Amásida, corrió hácia ella creyéndola muerta, llorando á grandes gritos. La culebra se enterneció tambien, y no pudiendo llorar, empezó á dar lúgubres silbidos, y en seguida grita:—¡La princesa ha muerto! La borrica repite:—¡La princesa ha muerto! El cuervo y todos los animales se muestran llenos de horror. Sólo el gran pescado del Nilo parece inflexible. Las damas de la princesa vuelan hácia ella gritando y arrancándose los cabellos: todo era desolacion.

El Toro blanco, que pacía á lo léjos, oyó estos clamores, y en seguida corrió hácia el bosque en que estaba la princesa, arrastrando tras sí á la vieja, y dando horribles bramidos, que, retumbando en los lejanos montes, causaban espanto. En tanto las damas de Amásida derramaban sobre ella infructuosamente esencia de rosa, de mirto, de bálsamo de la Meca, de canela y de ámbar gris. A pesar de esto, la princesa no daba señales de

vida; pero en cuanto sintió á su lado el hermoso Toro blanco, volvió en sí más fresca, más bella y más encantadora que nunca. Dió mil besos á este animal hechicero, llamándole su rey, su amante y su vida; al mismo tiempo, pasa sus brazos de marfil alrededor del cuello del Toro, que era más blanco que la nieve.

No es fácil explicar cuál fué la sorpresa que se apoderó de las damas de Amásida al ver este portento. Se marcharon de allí, y en cuanto llegaron á palacio, lo contó cada una de ellas con circunstancias más ó ménos extraordinarias, lo que contribuyó á dar más importancia al suceso. En fin, de boca en boca fué á parar á oidos del rey, el que, enfurecido, hizo encerrar á su hija en su cuarto, y mandó juntar su Consejo privado.

Reunido éste, bajo la presidencia del sábio Mambrés, convinieron todos los consejeros en que el Toro blanco era un encantador, aunque era todo lo contraio; pues que él era el encantado. En consecuencia de este dictámen, se decretó que el Toro y la vieja fuesen sacrificados, y que se exorcizase á la princesa.

El sábio Mambrés no quiso oponerse abiertamente á la opinion del rey y á la de su Consejo; mas como le pertenecia á él el derecho de exorcizar, podia dilatar esto con cualquier motivo. Casualmente acababa de morir en Menfis el buey Apis, que era el principal dios de los Egipcios, y no siendo lícito sacrificar buey ni toro alguno hasta que habia elegido uno en lugar del difunto, le vino bien á Mambrés esta circunstancia para no sacrificar por entonces al Toro blanco.

El buen Mambrés veia á qué peligro estaba expuesta la jóven princesa si se llegaba á sacrificar al Toro blanco, pues ya habia conocido que éste era el amante de Amásida que habia sido convertido en Toro por algun encantador.

Las sílabas Nabu... que se le habia escapado á la hija de Amásis, le habia descubierto todo el misterio.

La dinastía de Menfis pertenecia entónces á los Babilonios: éstos conservaban este pequeño resto de sus pasadas conquistas, que habian hecho á las órdenes del más valiente rey, y del cual Amasis era enemigo capital. Mambrés tenia necesidad de toda su sabiduría para conducirse bien en medio de tantas dificultades. Si el rey Amasis descubria al amante de su hija, la mataba, pues lo habia jurado así. El grande, el jóven y el bello rey de quien Amásida estaba enamorada, habia destronado á su padre, quien no habia podido recobrar su reino Tánis hasta cosa de siete años antes de esta época, y que desde entónces se ignoraba qué habia sido del adorable monarca, del vencedor y del ídolo de las nacio-

nes, el tierno y generoso amante de la hechicera Amásida; así que, sacrificando al Toro, se hacia morir de dolor á la bella princesa.

¿Qué podia hacer el sábio Mambrés en unas circunstancias tan espinosas? En medio de su dolor, va á buscar á su querida discípula, y la dice:

—Hija mia, yo haré todo lo que pueda en vuestro favor, mas tened presente que os cortarán el pescuezo si pronunciais alguna vez el nombre de vuestro amante.

—¡Ah! ¡Qué me importa la vida si no puedo dar un abrazo á mi querido Nabuco! contestó la jóven princesa. Mi padre es, por cierto, muy injusto, pues que no me deja casar con un bello príncipe, á quien idolatro; y no contento con esto, le declara la guerra; y habiendo sido vencido por mi amante, ha hallado el secreto de convertirle en Toro. ¿Se ha visto una maldad más grande?

—No ha sido vuestro padre, replicó Mambrés, quien ha cometido esta maldad; ha sido un encantador de Palestina, antiguo enemigo nuestro. Pero esta trasformacion no debe sorprenderos, pues bien sabeis que Licaon, rey de Arcardia, fué convertido en lobo; la bella Calixta, hija suya, en osa; Dafne, en laurel; y en los paises vecinos vimos poco há á la bella Edit, mujer de Lot, convertirse en estátua de sal. En fin, el mágico Mambrés, despues de haber dicho á la princesa todo lo que era menester para consolarla, aunque inútilmente, fué á buscar á la vieja.

CAPITULO V.

Cómo el encantador Mambrés se condujo sábiamente.

—Compañera, dijo Mambrés á la Pitonisa luego que estuvo en su presencia: nuestra profesion es excelente, mas tambien es espuesta. Sabed, pues, que correis riesgo de ser ahorcada, vuestro Toro de ser quemado, ahogado ó comido. De las demás bestias no sé lo que se hará. La vieja entónces contestó:—Pues me marcho con mi Toro, mi culebra y mi pescado para evitar este desastre. Quedaos vos con los demás animales por si os hacen falta. Hasta otra vez. Habiendo dicho esto, echó á andar seguida de la culebra y del pescado, y llevando con la cadena al Toro blanco, que caminaba pensativo, despues de haber manifestado su reconocimiento al buen Mambrés.

Este se hallaba en una cruel incertidumbre, pues sabia que Amasis, rey de Atanis, desesperado á causa de la loca pasion de

su hija por el Toro, y creyéndola encantada, mandaria perseguir al desgraciado animal, el cual seria quemado, ahogado ó comido, y él queria evitar á toda costa este desagradable suceso.

A este fin escribió una carta al gran sacerdote de Menfis, su amigo, en caractéres sagrados y sobre papel de Egipto, con las siguientes palabras:

«Luz del mundo, vicario de Isis, de Osiris y de Horus, cabeza de los circuncidados, cuyo trono está elevado sobre todos los tronos del mundo: yo sé que vuestro dios, el buey Apis, ha muerto; yo tengo otro muy hermoso, el que podeis venir á reconocer, á la mayor brevedad, en compañía de vuestros sacerdotes: le adorareis y le conducireis á vuestro templo. Isis, Osiris y Horus os guarden á vos y á vuestros sacerdotes de Menfis.—Vuestro antiguo amigo, *Mambrés.*»

Sacó cuatro copias de esta carta para evitar que dejase de llegar á las manos del gran Sacerdote de Menfis, y puso cada una en una caja de ébano: en seguida llamó á la borrica, al perro, al cuervo y á la paloma, y dirigiéndose primero á la borrica, la dijo:—Ya sé con qué fidelidad servisteis á Balaam, mi compañero; pues bien, servidme á mí lo mismo. Id, querida, y entregad esta carta al sumo Sacerdote de Menfis, y volved en seguida. La borrica respondió:—Yo os serviré con la misma fidelidad que serví á Balaam: iré y volveré lo más pronto que pueda. El sabio la puso en la boca la caja de ébano y echó á correr con la velocidad de un rayo.

En seguida habló al perro de Tobías en estos términos:—¡Oh perro fiel y más ligero que el veloz Aquíles! Yo sé lo que hicisteis en otro tiempo por Tobías; pues bien, llevad ahora con la misma lealtad esta carta á Menfis. El perro le contestó: Así lo haré. Mambrés habló tambien á la paloma, la que le respondió:—Señor, así como llevé el ramo al arca, llevaré ahora vuestra carta; y tomándola en el pico echó á volar. Bien pronto se perdieron de vista los tres correos.

Entonces se volvió Mambrés al cuervo, y le dijo:—Yo sé que en otro tiempo conducíais el pan al profeta Elías, cuando estaba escondido cerca del torrente Garit. Ahora no os pido más que lleveis esta carta á Menfis; mas el cuervo le respondió:—Es verdad que yo serví en otro tiempo al profeta Elías, pero era tomándome cada dia la mitad de su racion. Si me asegurais dos comidas diarias durante mi comision y me adelantais algun comestible, os serviré; de otro modo no.

Mambrés, colérico, le respondió:—Goloso y maligno animal,

no me extraño que Apolo, siendo tú blanco te volviése negro por la traicion que hiciste á la bella Coronis, desgraciada madre de Esculapio; y no quise dar su carta á este desvergonzado animal. Así, se separaron poco contentos uno de otro.

CAPITULO VI.

Llega el rey de Tánis á donde estaba Mambrés.—Amásida y el Toro van á ser sacrificados.

En esto aparecen á lo lejos torbellinos de polvo: óyese el ruido de los tambores, trompetas, pífanos, salterios, cítaras y sambucos. Avanzan en crecido número los soldados de infantería y caballería del rey de Tánis, quien iba á su cabeza montado en un hermoso caballo adornado de oro y púrpura. Delante de él iban los heraldos gritando: «Que se coja al Toro blanco, que se le ate, que se le arroje al Nilo y que se le dé á comer al pez de Jonás, porque el rey nuestro señor, que es justo, quiere vengarse del Toro blanco, por haber hechizado á su hija.»

El buen anciano Mambrés quedó entónces más reflexivo que nunca, pues conoció que el maligno cuervo habia puesto todo en noticia del rey, y que la princesa corria peligro de que la cortasen la cabeza. Entónces se dirigió á la culebra y la dijo:—Id á consolar á la bella Amásida, y decidla que no tenga miedo aunque suceda lo que quiera; pues que, ó yo no he de poder nada, ó impediré que ella y el Toro blanco padezcan daño alguno. A continuacion se dirigió hácia Amásis, y postrándose ante sus plantas le dijo:—¡Oh gran Amasis, rey poderoso de Tanis! Sed bien venerado y vivid eternamente. El Toro blanco debe ser sacrificado, porque vuestra majestad lo ha mandado así, y tiene siempre razon: mas el dueño del mundo ha dicho: «Este toro no debe ser comido por el pescado de Jonás hasta que Menfis haya elegido un dios que poner en lugar del toro Apis que ha muerto.» Entónces sereis vengado y vuestra hija exorcizada, porque está poseida; vos teneis demasiada piedad para no dejar de obedecer las órdenes del dueño del mundo. Amasis, rey de Tanis, se quedó pensativo, y en seguida la dijo:—¿El buey Apis ha muerto? ¡Dios quiera recibir su espíritu! ¿Y cuándo os parece que tendremos otro buey que reine en el fecundo Egipto?—Señor, dijo Mambrés, no os pido más que ocho dias. El rey, que era muy fiel observador de su religion, dijo:—Yo os lo concedo; mas entre tanto quiero habitar en este mismo sitio los ocho dias, despues de los cuales sacrificaré á mi venganza justa al Toro

maléfico que ha hechizado á mi bella hija hasta el extremo de hacerla perder el juicio. Y en seguida hizo preparar sus tiendas sus cocineros, sus músicos y esclavas, con lo que las orillas del Nilo se convirtieron en un paraiso. Todos los dias se celebraban fiestas, se tenian opulentísimos banquetes, evolucionaban las tropas, embelesaban los oidos las armoniosas orquestas, y seducian los voluptuosos bailes de las esclavas. Una espesa nube de humo subia hasta el cielo, causada por los aromas y perfumes que se quemaban, los cuales esparcian por todas partes los mas deliciosos olores.

Entre tanto que Amasis y sus generales pasaban el tiempo entre gozos y delicias, el sábio Mambrés y la desgracia Amásida no hacian más que temblar por la suerte del hermoso Toro blanco. El gran Osiris, compadecido de la suerte de éstos, excitaba por las noches en el ánimo del rey sueños espantosos para apartarle de su intento; mas el rey de Tanis, aunque se despertaba por las mañanas horrorizado, no se acordaba de sus sueños, y así proseguia en su empeño de sacrificar al Toro blanco pasados los ocho dias.

CAPITULO VII.

Cómo la culebra, para distraer á la princesa, la refirió un cuento.

La culebra, en cumplimiento de las órdenes del encantador Mambrés, se fué al cuarto de la princesa, donde pudo entrar sin ser vista de nadie. Despues de los primeros cumplimientos por una y otra parte, la culebra se puso á contar á la princesa el siguiente cuento, con la intencion de distraerla algun tanto: «Habeis de saber, hermosa Amásida, que en la ciudad de Canopo vivia una jóven, tan bella, graciosa y amable, que robaba el corazon á cuantos la veian; mas no consistia en esto su principal perfeccion, sino que era además en extremo bondadosa. Daba limosnas á cuantos pobres encontraba, temia á los dioses, honraba y obedecia ciegamente á sus padres; en una palabra, era tan virtuosa como bella. Un dia que se paseaba á la orilla del mar, acompañada sólo de una criada de toda su confianza, encontró á una viejecita que estaba echada en el suelo casi desnuda, y dando pocas señales de vida.» Aquí interrumpió la princesa á la culebra, diciendo: ¿Y quién era esa viejecita? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué mal tenia?—Señora, contestó la culebra, ¡qué tropel de preguntas! Esa indiscreta curiosidad os ha de costar muy cara si no la reprimís, y si quereis que continúe el cuento no me inter-

rumpais por ningun estilo. Ofreció hacerlo así la princesa, y entónces continuó así la culebra:

«Acercóse Sirma, que así se llamba la jóven, á la viejecita, y la dijo:—Eh, buena mujer, ¿qué teneis? Abrió un poco los ojos la viejecita y contestó á Sirma:—Hambre, sed y frio!—Pues no os aflijais, madre mia, que aquí traigo yo mi almuerzo y una calabacita con agua; pero ántes tomad parte de mis vestidos y de los de mi criada, y abrigaos:—dijo esto quitándose el manto y dándosele al mismo tiempo que hacia otro tanto su criada. En seguida, dándola su almuerzo y la calabacita, la dijo:—Comed para que podais proseguir vuestro camino en gracia del autor de todas las cosas. La viejecita se abrigó, comió y bebió, y despues dijo á Sirma:—¡Oh Sirma bella y virtuosa! Pues que diste abrigo al que tenia frio, alimento al que tenia hambre y bebida al que tenia sed, yo te concedo en nombre de Isis, de Osiris y de Horus, la gracia de entender el canto de las aves, la de hacerte obedecer de los pescados del mar y de los animales de la tierra. Esto dijo poniendo una mano sobre la cabeza de Sirma, la que advirtió que entraba en su alma una luz que la iluminaba. Despues continuó:—Y sabe, caritativa Sirma, que el dueño del mundo te tiene destinada para ser un dia esposa de un rey bello y poderoso, en premio de tus virtudes. Así que acabó de decir esto, la vieja desapareció, dejando aturdidas á Sirma y á su criada, tanto más, cuanto se hallaron puestos los mantos que se habian quitado, y se encontraron intactos el almuerzo y la calabacita.

»Continuaron su paseo, durante el cual se paraba á cada paso á oir cantar los pajarillos, cuyo lenguaje ya entendia. Quiso tambien experimentar su dominio sobre los pescados del mar, y acercándose á la orilla exclamó:—Pescados del mar, venid á recibir mis órdenes. En seguida empiezan á venir hácia la orilla todos los pescados grandes y chicos, diciendo:—¿Qué nos mandais, señora? A lo que contestó Sirma:—Nada, sino que os retireis. Lo que hicieron inmediatamente. Sentáronse en seguida á almorzar, encontrando un sabor tan dulce y exquisito á los manjares, que no se parecia á nada de lo habian comido hasta entónces. Despues fueron á beber de la calabacita; pero ¡qué licor tan delicioso encontraron en ella! Levantáronse, y siguieron su camino de vuelta á Canopo, donde la criada de Sirma contó todo lo que habia sucedido, á pesar de que su ama la habia mandado guardar secreto. En cuanto llegó esta noticia á oidos de algunas jóvenes, conocidas de Sirma, que se tenian por más bellas y mejores

que ella, entraron en grande envidia, y dijeron.—¡Es posible que la fea y tonta Sirma se ha de casar con el rey más bello y poderoso del mundo! No será así. Y determinaron todas en comun matar á Sirma para que no se casase con el rey más bello y poderoso. Con este objeto la fueron un dia á buscar á su casa, fingiendo que iban á bailar á la orilla del mar. La inocente Sirma, creyéndolas, se fué con ellas. En cuanto llegaron á la orilla del mar, se acercó una descarada jóven á Sirma y la dijo:—¿Eres tú la que se ha de casar con el rey mas bello y poderoso del mundo? Así lo creo, contestó Sirma, segun me lo ha profetizado una viejecita, que yo pienso será alguna hada ó Pitonisa.—Pues te engañas, la replicó la jóven descarada, porque quien se ha de casar con él soy yo.—No serás tú, sino yo, gritó otra jóven.—Yo, yo, clamaron todas las demas, pues cada una pensaba ser la elegida para esposa del rey bello y poderoso. En fin, queriendo todas hacer valer sus razones, empezaron á arañarse unas á otras y arrancarse los cabellos. Sirma que vió esto, dijo á una borriquita que estaba allí pastando.—Condúceme á Canopo. Inmediatamente la borriquita dejó de pastar, y bajándose un poco para que subiera sobre ella Sirma, luego que ésta estuvo sentada sobre ella, echó á correr hácia Canopo.

»Viendo esto las jóvenes que estaban riñendo entre sí, echaron á correr hácia ella llamándola con tan grandes voces, que asustada la borriquita dejó á Sirma en el suelo. Echáronse corriendo sobre ella las jóvenes envidiosas, y conduciéndola á la ribera del mar, la dijeron.—Veremos si eres tú la que se ha de casar con el rey bello y poderoso, y en seguida la arrojaron al mar, volviéndose corriendo á Canopo.»—¡Ay qué lástima! exclamó la princesa. ¿Y se ahogó la pobrecita Sirma?—Ya os he dicho que no me interrumpais, contestó la culebra. No quiero acabaros el cuento, porque veo que vais á cometer una indiscrecion.—No haré tal, dijo Amásida, yo os lo juro. Entonces la culebra prosiguió de esta manera:—«Al tiempo de caer al mar Sirma, se apareció un gran pez, el que cogiéndola con la boca se la colocó encima del lomo, diciendo despues:—Señora, yo soy el delfin que salvó al músico Arion, y os prometo servir con la misma fidelidad que á él le serví. Mandadme, pues, lo que querais. La princesa le dijo:—Conducidme á donde os parezca, que no quiero volver á Canopo, pues todas me tienen envidia, y pronto ó tarde hallarán modo de matarme. Entonces, contestó el delfin:—Allí viene un barco: os conduciré á él si quereis, en él vá un poderoso y bello rey, el que os favorecerá con todo su poder.—Bien, conducidme

al barco, replicó Sirma. Inmediatamente el delfin, nadando con toda velocidad, la llevó al lado del barco. Mientra tanto las aves marinas cantaban volando alrededor de Sirma: «Salve, reina poderosa y bella, pronto encontrarás á tu esposo.»

»En esto llegó Sirma al barco, y empezó á clamar:—¡Poderoso y bello rey que comandais este barco, favoreced á una mujer desgraciada, que ha sido arrojada al mar por unas amigas pérfidas. En esto sonó un gran trueno, y asomándose el rey á la cubierta del barco, gritó:—¡Bendito sea el dueño del mundo; ya he encontrado á mi esposa! ¡Qué hermosa es! Y dando órden para que cogieran á Sirma, recibiéndola en sus brazos, dijo:—Tú eres la que el cielo me destinaba para esposa; bien venida seas; y despues de haberla abrazado mil veces, la contó cómo habia encontrado á una viejecita en el jardin de su palacio, que le habia dicho:—¡Poderoso y jóven rey: el dueño del mundo quiere que te cases para que tengas un sucesor que gobierne despues de tu muerte tus dilatados dominios; y así embárcate inmediatamente, y surca los mares hasta que un gran pez te lleve una jóven amable y hermosa, la que el dueño de todas la cosas quiere que sea tu esposa! Yo, que siempre he respetado la voluntad del cielo, he hecho todas estas cosas, y al fin te he encontrado, encantadora esposa mia. Así dijo, y mandó al piloto que le condujera otra vez á su reino, á donde llegó felizmente y se casó con Sirma.»—¡Ah, qué felicidad! exclamó la princesa. ¡Cuándo me veré yo casada con mi querido Nabucodonosor? Las bóvedas y salones del palacio de Amásida retumbaron con este nombre; los muros se extremecieron, y el maligno cuervo fué volando al rey, y le dijo:—¡Oh gran Amasis! tu hija acaba de nombrar á Nabucodonosor.

CAPITULO III.

Como el rey de Tanis se enfureció y quiso cortar la cabeza á su hija, pero no llegó á ejecutarlo.

Amasis, luego que recibió por medio del maligno cuervo la noticia de que su hija habia pronunciado el nombre de Nabucodonosor, se llenó de cólera y mandó traer á su presencia á la jóven princesa. Luego que esta estuvo delante de él, la dijo:—Amasida, ya sabes que nuestras leyes mandan matar á las hijas que desobedecen á sus padres; ahora bien; yo te habia prohibido proferir el nombre de tu amante Nabucodonosor, que me habia destronado hace siete años; aunque he vuelto á recobrar mi trono despues que él ha desaparecido, tú has proferido su nom-

bre fatal; luego es justo que yo te mande cortar el pescuezo.

La princesa le contestó.—Padre mio, hágase vuestra voluntad; mas dadme tiempo para llorar mi virginidad. Mañana que se cumplen los ochos dias pedidos por Mambrés, echaré al Nilo al Toro blanco para que le devore el pescado de Jonás, y haré que te corten el pescuezo. La desgraciada Amasida fué á llorar su virginidad á lo largo del Nilo, acompañada de sus damas de honor. El sabio Mambrés, no hacia más que cavilar y contar las horas y los minutos.—Divino encantador, le dijo la princesa llorando: vos que habeis convertido en sangre las aguas del Nilo, y vuestra vara en serpiente, ¿no podreis hacer mudar el corazon del rey mi padre? ¿sufrireis que mañana me corten la cabeza?—Esto depende, contestó Mambrés, de la velocidad de mis correos.

Al dia siguiente, en cuanto las sombras de los obeliscos y pirámides señalaron las nueve de la mañana, se ató al Toro blanco para arrojarle al pez de Jonás, y ciñeron al rey su cortante cimitarra.—¡Ay de mí! decia el Toro blanco en el fondo de su corazon: yo, el rey más poderoso que jamás ha existido, el gran Nabucodonosor, me hallo hace siete años convertido en Toro, y que hace poco he encontrado á mi querida, voy á ser arrojado al Nilo para que me devore el pez de Jonás.

Jamás el sábio Mambrés habia hecho reflexiones más profundas; absorto estaba en sus sérias meditaciones, cuando vió á lo lejos lo que esperaba. Acercábase una multitud innumerable de gentes. Se veian las tres figuras de Osiris, de Isis y de Horus llevadas en unas soberbias andas de oro, en las que habia engastadas piedras de un valor inestimable, por cien senadores de Menfis, precedidos de cien bellas jóvenes que tocaban el sistro sagrado. Veíanse tambien cuatro mil sacerdotes coronados de flores, montados en hipopótamos. Más lejos venian con la misma pompa el cordero de Tevas, el perro de Bubaste, el gato Febé, el cocodrilo de Arsione y las demas divinidades inferiores de los egipcios. Acompañaban á estos dioses y sacerdotes cuarenta mil guerreros, con relucientes cascos adornados de vistosos penachos en la cabeza, cortantes cimitarras en el lado izquierdo, aljabas en las espaldas y grandes arcos en las manos. Los sacerdotes cantaban himnos que elevaban el alma, y cuando ellos paraban se oian los sistros, salterios, trompetas, tambores, arpas, panderos y sambucos.

Amasis, rey de Tanis, que ya habia desenvainado su cimitarra para mandar que cortasen la cabeza á su hija, quedó sorprendido con este espectáculo, y envainó inmediatamente el acero. En

tónces Mambrés le dijo:—¡Oh gran rey! el destino ha trocado las suertes de las cosas: es menester que vos mismo desateis al Toro blanco, que ha sido eligido por los sacerdotes de Menfis para ser el poderoso dios Apis. Sed, pues, el primero en adorarle. Amasis obedeció, y se prosternó con todo su pueblo. El gran Sacerdote de Menfis, presentó al nuevo buey Apis el primer puñado de heno sagrado. En tanto la princesa Amásida le adornaba sus bellos cuernos con guirnaldas de rosas, anémones, ranúnculos, tulipanes y jacintos, sin querer apartarse de él. El sábio Mambrés se acercó á ella y la dijo:—Bella Amásida, un maligno encantador convirtió á vuestro amante en Toro, y yo le he convertido en dios. Besóle la mano la princesa á su maestro y protector, con mucho respeto, y le dió las gracias por sus bondades.

Concluidas estas ceremonias, tomó la procesion el camino de Menfis llevando en triunfo al Toro blanco, y embelesando el oido con sus himnos y músicas. En esto, volviéndose de repente el Toro á la princesa, la dijo:—Querida Amasida, yo te amaré hasta la muerte. Era la primera vez que se oia hablar á Apis en Egipto al cabo del tiempo que le adoraban. Gritaron entonces la culebra y la borrica:—¡Los siete años se han cumplido! Y todos los demás animales repitieron:—¡Los siete años se han cumplido! Todos los sacerdotes levantaron las manos al cielo, y al mismo tiempo se vió al Toro blanco trasformar sus dos piernas de adelante convirtiéndose en dos nervudos y blancos brazos: sus dos piernas de atrás se volvieron dos piernas humanas: el hocico de toro se trocó en un hermoso rostro; y en una palabra, apareció un hombre bello y fornido, un héroe, el que dirigiéndose á Amásida le dijo: Mas quiero ser amante de Amásida que dios Apis. Yo soy Nabucodonosor, yo soy el rey que mandó á otros muchos reyes.

Esta trasformacion admiró á todo el mundo, menos al sábio Mambrés. Inmediatamente el gran Sacerdote de Menfis casó á Nabucodonosor con Amásida en presencia de toda la asamblea, y se volvió en seguida á Menfis con todo su acompañamiento.

Nabucodonosor dejó el reino de Tanis al padre de Amásida, y recompensando á la viejecita, á la culebra, al perro, al macho-cabrío y á la paloma; perdonando al cuervo y al pescado de Jonás, abrazó á Mambrés, y tomó posesion de todos sus estados, que era el reino de Menfis, el de Babilonia, el de Damasco, el de Balbec, de Tiro, de la Siria, la Asia Menor, la Escitia, las comarcas de Sira, de Mosok, de Tuval, de Madaide, Gog, de Magog, de Javan, la Sogdiana, las Indias, y finalmente de casi toda el Asia.

FIN.